

## EL BOLSO DE LA MONTSE

Cada mañana la Montse sale de casa para ir a trabajar. Le añaden el artículo para no confundirla con la señora Monserrat, la de la mercería. Nuestra Montse vive en el tercer piso de unos bloques de protección oficial con aluminosis. De lunes a viernes vive sola, los fines de semana con Pili. Una hija a la que odiaba y que pasa la semana en un piso de acogida para menores.

Los más veteranos la conocen de toda la vida, nació en el barrio. Los nuevos, de verla cada día camino de la parada del autobús, cargada con un bolso enorme. ¿Qué lleva en ese bolso tan grande la Montse?

—¿Cuándo podrás venir a hacerme la cocina? —le pregunta la señora Paquita al cruzársela.

—Luego le pico y quedamos, que se me escapa el doce.

Las vecinas del barrio acuden a la Montse porque cobra poco. Al principio ni siquiera la necesitaban, pero se había quedado sola con una hija pequeña y tenía que darle de comer. Entonces le pedían algún favor y le daban unas monedas o una bolsa de comida. Ahora la Montse ha prosperado, pero le sabe mal negar esos favores a las ancianas del barrio.

Todos quieren a la Montse. La pobre quedó huérfana de madre a los quince años y al cuidado de tres hermanos pequeños. El padre, camionero, pasaba mucho tiempo fuera de casa. “Pobre Montse” decían las vecinas. Pero la Montse era rebelde. Eso lo sabían, porque un día se escapó y dejó a sus hermanos al cuidado del padre ausente. Lo que ninguna sabía era que mientras su madre agonizó en la cama, su padre se desfogó con ella. Que soportó y calló hasta que su madre empezó a oler. No sabían que temía escuchar la llave en la puerta y que solo respiraba cuando oía a su padre arrancar el camión y lo escuchaba alejarse.

La Montse odiaba, la Montse quería volar y la Montse voló. Desapareció durante meses para regresar acompañada de un chico de la Mina y una barriga a punto de explotar.

Se casaron enseguida y alquilaron un pisito en el barrio, cerca de sus hermanos a la espera de que el padre algún día tuviese un accidente y no regresara. Pero el que un día se fue y no regresó fue su José. Desde entonces, la Monse camina arriba y abajo con ese bolso enorme.

En el bolso de la Monse no hay maquillaje, ni pintalabios, ni siquiera un peine. Tampoco hay unas tijeras, una agenda o un bolígrafo. El bolso esconde botellas de agua pequeñas que salen vacías y vuelven llenas. Así es cómo se las apaña la Montse.

El lunes por la mañana limpia la casa de la señora Pepa. Mientras esta cose en el balcón, la Montse rellena media botella con aceite de oliva y otra media botella con champú. Otra la llena de arroz y se lleva dos pastillas de Avecrem y una cabeza de ajos. A la tarde, en casa de Matilde, termina de llenar las botellas, además de llevarse un puñado de terrones de azúcar.

Los martes en el restaurante siempre encuentra la oportunidad de esconder algún tomate, pimiento o patata. A veces le dan alguna sobra. Allí lo más fácil, es llevarse el desengrasante y el lavavajillas.

El miércoles va a casa de Fermina. Esta compra a lo grande, tiene una buena despensa. Puede pillar alguna lata de conservas, atún, tomate, o incluso legumbres. Rellena una botella con polvos de la lavadora y otra con suavizante. De paso se lleva un rollo de papel higiénico.

Los jueves por la mañana limpia un despacho. Siempre se lleva algún folio. No los necesita, pero tiene que meter algo en el bolso por inútil que sea. Por la tarde, se para a merendar en el McDonald's. Se llena el bolso con servilletas y pide ketchup a mansalva.

Los viernes la señora Emilia le tiene preparado un paquetito. Sabe que le hace falta.

—Te he puesto unas galletitas de chocolate, que mañana tienes a tu hija.

A su hija la odia. Le recuerda a su José. Lo conoció en una discoteca, el día que se escapó. Tal vez, si no se hubiese cruzado con aquel chico algo mayor, alto, delgado, de piel morena, pelo negro, ojos color miel y nariz aguileña, la Montse habría vuelto a casa aquella noche. José

regentaba un bar de alterne en el barrio chino. “Mi marido tiene un bar” decía a las vecinas cuando preguntaban por aquel hombre que nunca estaba en casa.

Recoge a Pili los viernes por la tarde. La mete en la bañera, en remojo y frota con fuerza los codos y las rodillas oscuras. Trata de aclarar la piel morena de la niña que tanto se parece a la del hombre que le destrozó la vida. Aquella niña le había estorbado para recorrer el Raval en busca de unas pesetas para pañales y biberones. Recuerda el bofetón que José le dio cuando un día de lluvia la vio con la niña bajo un balcón de la calle Hospital.

—Estás loca o qué. Sacar a la niña con este día —le dijo mientras la mujer que lo acompañaba lo tomaba del brazo.

Desaparecieron rumbo a las Ramblas y ella se quedó allí, con aquella niña casi negra, fea y llorona. La Montse se quedó con el brazo extendido y la palma de la mano abierta, a la espera de alguna moneda. Nunca llegó. Ella no podía cargar sola con aquel mochuelo. Si no hubiera sido por la niña, ella podría haber corrido tras él. Tuvo que dejarlo escapar con aquella mujer, mientras ella se quedaba con aquella niña hambrienta que no había pedido.

Intentó cuidarla. Intentó quererla, pero la niña cada día se parecía más y más a aquel hombre. La aguantó con la esperanza de que volviera a ver a su hija, pero cuando se enteró de que su José había amanecido con una jeringa clavada en una celda de la Modelo, dijo: Hasta aquí.

Desde entonces la Pili pasa la semana en el piso de acogida y ella sale cada día con el bolso lleno de vacío para traerlo lleno. Al llegar a casa vacía el bolso y vierte el contenido de las botellas en sus correspondientes envases. Observa orgullosa como se llena el bote del arroz, el del azúcar, los macarrones, el aceite, etc. Enjuaga las botellas y las coloca boca abajo para que se escurran. Cuelga el bolso detrás de la puerta de la cocina a la espera de su siguiente viaje.

Solo yo conozco su secreto. Solo yo sé lo que lleva la Montse en el bolso. Se llama supervivencia. A veces, cuando estoy en casa y me recuerda lo fea que soy y lo mucho que me parezco a mi padre, me dan ganas de contarles a todos lo que esconde mi madre en el bolso.

Pero otras veces, cuando saca ese paquete de galletas de la señora Emilia, que dice que me ha comprado, recuerdo cuánto la he echado de menos durante la semana.

Mientras duermo, se acerca a mi cama y en silencio me arropa. Entonces, quisiera hacerme tan pequeña como para poder esconderme en el bolso de los secretos y acompañar a la Montse en todo momento.

**Marta Carón Peña.**